

NO PREGUNTES
EN LA INDIA
POR QUÉ LAS VACAS
SON SAGRADAS
Y OTROS RELATOS

JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ-ROS

NO PREGUNTES
EN LA INDIA
POR QUÉ LAS VACAS
SON SAGRADAS
Y OTROS RELATOS

algaida



Primera edición: 2023

© José María Sánchez-Ros, 2023

© Algaida Editores, 2023

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-857-3

Depósito legal: SE. 1.021-2023

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

A Lucía

INTRODUCCIÓN

DE TODOS LOS GÉNEROS NARRATIVOS, SEÑALA Alberca Serrano, es posiblemente el cuento el que mayor vinculación ha tenido con el acontecer humano. Contar cuentos, nos dice Vargas Llosa, es el antecedente remoto de la literatura, de la historia, de las religiones y del impulso de la civilización. Nos conmueve imaginar a alguien contando una historia alrededor de una hoguera y cómo los que escuchan se olvidan por un momento del miedo al trueno, a las apariciones de las fieras y a la incertidumbre constante de la vida. Se podría decir que la historia profunda del hombre es la que se ha ido contando con sus cuentos.

Hay una cuentística oral, de cuenteros, de contadores de historias que todavía sobrevive en algunos lugares como los halaquis de Marraquech, los cuenteros de Zapaca en Guatemala o los contadores de cuentos de Peshawar en Pakistán, que de viva voz refieren historias que hacen que la gente se olvide de lo pequeño que es el mundo real para poder abismarse en el paraíso ilimitado y libre de la fantasía. Esta tradición oral fue el fundamento de los dos grandes poemas épicos la *Ilíada* y la *Odisea* y ha sido también el origen de formidables colecciones de cuentos como

Las mil y una noches. Junto a esta práctica oral hay también una cuentística moderna que tiene su inicio más relevante con Poe y que han desarrollado luego autores tan destacados como Kafka, Cortázar o Borges.

Se suele decir que la novela es un relato largo y que el cuento es una novela corta. Pero no es exactamente así, hay notables diferencias. En la novela el autor se puede permitir digresiones o entretenerse en la descripción minuciosa; mientras en el cuento, por su brevedad, nada puede quedar al azar, ya que todo tiene que encajar como cada pieza de un puzle. A diferencia de la novela, el cuento tiene un acontecimiento principal que suele ser algo inusual o extravagante como sucede en *La metamorfosis* de Kafka o en *El escarabajo de oro* de Poe, pero también puede ser un suceso que partiendo de situaciones habituales o cotidianas se convierta en relatos fantásticos por la introducción de elementos oníricos o irreales que desplazan la atención del lector y hacen que se difumine el espacio entre la imaginación y la realidad, como hace Julio Cortázar en su incomparable cuento «Casa tomada» o Borges en el paradigmático relato *Los senderos que se bifurcan*. Otra característica principal del cuento es su brevedad. Para contar cuento hacen falta muy pocas palabras. Baste recordar el ingenioso relato de Monterroso: «Cuando despertó el dinosaurio todavía seguía allí», que tanta fuerza evocadora atesora en apenas siete palabras. El cuento por otra parte necesita tensión. Los acontecimientos se precipitan, no cabe descanso ni pausa. El cuento carece de retórica, todo

su desarrollo, cada detalle, tiene que ir dirigido a sostener el final de modo que no quede ningún cabo suelto. El cierre del relato tiene que ser contundente, sorprendente o inesperado. El relato tiene la enorme ventaja con respecto a la novela que la narración fluye con más libertad, de manera que puede dar respuesta a hechos inexplicables, a sueños obsesivos o a alucinaciones momentáneas. El cuento puede servir además de catalizador o como medio de expresión inmejorable para exorcizar los demonios personales. Cortázar decía que todos los cuentos fantásticos son productos neuróticos y que el autor actúa como si quisiera desprenderse de una criatura, exorcizándola en la única forma en que le era posible: escribiéndola en un texto.

No preguntes en la India por qué las vacas son sagradas es mi segunda colección de relatos, en la que se incluyen treinta y tres cuentos inéditos y una selección de once relatos nuevamente versionados, que estaban incluidos en *El espía de Aviñón*.

En estos relatos que presento no hay una unidad de composición ni temática ni formal. Son retratos imprevistos en los que siempre se parte de un comienzo que pueda interesar al lector y se pretende un final que le pueda sorprender. Hay un tono intimista y una reflexión constante sobre la escritura y la vida, pero también hay una cierta ironía y un ponderado sentido del humor.

De las enseñanzas de mis maestros argentinos, Ángel Leiva y Susana Jákfalvi, aprendí a prescindir

de lo innecesario y a preferir una cierta sonoridad en el texto. Empecé a intuir que la narración avanza frente al muro del espacio en blanco por la sinergia entre los términos opuestos, por la antítesis continua ente lo semejante que suma y lo dispar que resta. Esta necesidad de contraposición constante también me ha llevado a que en los relatos haya la mayor variedad posible de temas y enfoques. Así hay historias basadas en personajes reales históricos, que intentan evocar hechos pasados, para llamar la atención sobre una anécdota o un suceso casual, que pasó inadvertido, retratando un aspecto destacado de la vida de escritores como Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado o Federico García Lorca, rememorando acontecimientos como el desastre de Annual, la diáspora de los sefardíes, la conquista del Perú o la riqueza de la cultura Maya o recordando la vida de hombres singulares como el pintor sueco Torsten Jovinge, el ingeniero alemán Otto Engelhardt o el paisajista francés Jean-Claude Forestier.

Hay, en esta colección, cuentos que se inspiran en la tradición más genuina del propio género, bien porque sean versiones actualizadas de cuentos clásicos como *El buen guardián*, *El hombre de los muchos senderos*, *Asterión*, *el minotauro* o *La disputa*; o bien porque se parta de hechos triviales a los que se anuda un desenlace inesperado como sucede en los relatos *El efecto mariposa*, *El camaleón* o *La Maga*. También hay cuentos de pura fantasía como *El recién llegado*, *Las andanzas y desventuras de Demófilo*, *El tiempo se ha dormido para*

siempre en su torre, La hija del visir de Basora, Ligeia o Flemo, el conejo consentido.

Otros cuentos tienen una inspiración en hechos personales que he vivido y que luego se han traducido en un relato como *La cigarrera de alpaca, Un día cualquiera, Una oferta peligrosa o La foto*. También hay cuentos de pura experimentación formal como *El ladrón de textos* y *El hombre que amaba las esdrújulas*. Y, por último, cuentos que encaran el presente, que muestran los dilemas y las contradicciones actuales en temas como la pandemia del coronavirus, el cambio climático, la discriminación de la mujer o el drama de la emigración como *El conspiranoico, Los ojos de Adele, No había ningún dinosaurio, Las gafas de Stéphane, Olas negras estalladas de plata, El acosador, Bienaventurados los mansos* o el propio cuento que da título a la colección.

ESTOS DÍAS AZULES

ME FALTA EL AIRE, MADRE. TENGO UNA SENSACIÓN continua de ahogo. Esta insistente tos con sus sacudidas te arranca el alma. Si pudieras me dirías que tuve muchos avisos y que no hice el más mínimo caso. Me aconsejaron que dejara el tabaco y fuera más parco con el café, pero no he sido capaz de escribir sin fumar, como si ese pequeño abismamiento que provoca la nicotina abriera alguna puerta desconocida. El tabaco era las llaves de mis sueños y la cafeína la poción mágica que evitaba que pudiera salir de ellos. Ante la frustración y la tristeza, nada aliviaba y regocijaba más que un simple paquete de cigarrillos y una buena taza de café. Siento la respiración entrecortada tuya en la cama de al lado. Esta habitación es muy pequeña y si pudiera extender el brazo te tocaría. Ahora ya no dices nada. Estás postrada también, como si desearas acompañarme en este último lance. Me temo que cuando llegamos a Francia habías perdido la cabeza y no distinguías ni el tiempo en el que estabas ni el espacio donde te encontrabas. A veces me confundías con padre o con algunos de mis hermanos. Te empeñabas en que todavía vivíamos en Sevilla. Era inútil contradecirte.

Madre, estoy viejo y enfermo, ya no tengo fuerzas para hablar. Quisiera gritar, pero no puedo moverme. Supongo que estoy desahuciado y me queda aguardar el final, a que la Parca taje con su guadaña el hilo que me une a este mundo. Ha sido un despropósito llegar hasta aquí. Hubiera preferido quedarme en Madrid y que ocurriera lo que tuviera que pasar. O mejor tendría que haber partido antes. Así lo hicieron Juan Ramón, Ortega, Marañón, Azorín, Baroja y tantos otros amigos desengañados sobre el futuro de nuestro país. Pero yo siento a España en el corazón, me duele la patria y también me indigna. Aquí de cada diez, nueve embisten y solo uno piensa. Ha habido demasiados errores, tantas muertes innecesarias, tantos desmanes que incluso ahora con la derrota temo que no va a ser suficiente. Es sorprendente la capacidad de odiar que podemos tener, quizás comparable con la de amar, como si fueran los dos bueyes del mismo yugo. Sospechaba que una de las dos Españas te podía arrancar hasta la sombra y, sin embargo, no he podido mantenerme al margen. Mi apoyo al Gobierno de la República ha sido una posición moral, una cuestión de principio. Solo podía aceptar al gobierno legítimo que representaba la voluntad libre del pueblo y no el impuesto por la fuerza de las armas. Soy liberal y republicano, por tradición familiar, y filántropo por convencimiento, porque la razón empuja a ponerme en el lugar del otro para poder entenderlo, pero más que nada hubiera ansiado ser un hombre corriente, desapercibido, que aspirase a llegar

a puerto despacio, como un río se diluye plácidamente en la mar.

La conciencia se va y vuelve, madre. No sé si en unas de estas idas y venidas ya no regresaré. La primera dentellada de esta locura la recibí cuando me enteré del asesinato de Federico García Lorca. Me eché las manos a la cara y lloré como un crío. Un pelotón de fieras lo acribillaron a balazos. No podía creer que una personalidad tan arrolladora y llena de vida se hubiera apagado. Puedo rememorar mi primer encuentro con Federico en Baeza, donde me había trasladado después de la muerte de mi esposa. Allí, en la ciudad renacentista un buen día apareció Federico y otros alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de Granada, que venían de excursión cultural con su maestro de Historia del Arte. Me llamaron la atención los ojos inquisitivos de Federico y sorprendió a los presentes el poema vibrante que declamó en el Casino. Federico acompañó la velada tocando con gracia en el piano fragmentos de piezas clásicas. Él era entonces un estudiante que no tenía nada claro lo que esperaba de la vida. No sé si mi amistad y las charlas que mantuvimos sobre la poesía de Rubén Darío tuvieron alguna influencia en su decisión de convertirse en poeta. El desparpajo de Federico me desarmó. Intenté hacerle ver que yo aspiraba a buscar la perfección del poema en la sencillez y en la espontaneidad, y que había abandonado el influjo del predominio de la estética sobre la razón. La poesía, le decía, tiene que nacer desde dentro y ser algo más cercano y sincero.